

LA BIBLIA Y EL ANGLICANISMO

**La traducción inglesa de la Biblia,
el pueblo y el pensamiento inglés.**

FR. COWLEY, O. P. (católico)

La relación entre la Biblia y los pueblos de habla inglesa tiene gran importancia para la comprensión de su mentalidad y su expresión lingüística. Es obvio que la religión cristiana tuvo gran influencia en el desarrollo de los pueblos ingleses, desde el tiempo de su conversión (finales del siglo VI) hasta que la conquista normanda les impuso una cultura diferente. La cumbre de este desarrollo se alcanzó en tiempos de Alfredo El Grande (871-901), quien publicó la versión inglesa de los diez mandamientos y los Hechos de los Apóstoles, 15, 23-29, y la regla de oro en su forma negativa: "No hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a ti", seguida de su propio código de leyes. El código de la ley inglesa, antes de la conquista normanda, estuvo muy influenciado por precedentes y preceptos bíblicos. Tal influencia disminuyó considerablemente después de la conquista, al introducirse la ley costumbrista normanda, y a causa de una mayor dependencia de la ley de tradición romana.

Excepción hecha de la poesía popular y los escritos de los místicos, que dependían de la difusión en la tradición oral, el coste y escasez de libros, antes de que los libros impresos comenzaran a propagarse, limitaban la divulgación de una terminología bíblica. Cuando el colegio de Wiclif y Purvey quiere traducir la Biblia latina en la segunda mitad del siglo XIV, el vocabulario de la literatura religiosa popular se muestra inadecuado. El texto de la primera Biblia inglesa, con sus nuevas expresiones y significados, traducido nuevamente, tuvo gran influencia en el pueblo inglés y su lenguaje. Ello estableció

una segunda norma de pensamiento religioso y conducta moral, que no siempre parecía coincidir, en la mente popular, con la norma de la Iglesia y el clero, con el lenguaje devocional y moralizador del período de la pre-reforma. Indudablemente, este conflicto aparente fue una de las causas de una cierta insatisfacción creciente entre el pueblo inglés y su iglesia y clero, y una de las causas de la reforma.

A pesar del gran número de copias manuscritas de la Biblia del colegio de Wiclif, en manos de una minoría educada, su influencia sobre la lengua, la cultura y el pensamiento inglés se sintió, sobre todo, gracias a la reproducción de su fraseología en las versiones de la Biblia inglesa, impresas más tarde. William Caxton introdujo la imprenta en Inglaterra en 1477; pero en 1408, en un sínodo del clero bajo, el arzobispo de Cantorbery había prohibido no solamente la traducción de la Biblia, sino también su lectura sin la autorización eclesiástica. Solamente después del cisma de Enrique VIII la Biblia impresa se puso en circulación con licencia real, otorgada en 1537 a la Biblia de Matthew y a la segunda edición de la Biblia de Coverdale. La primera edición de Coverdale había sido la primera traducción inglesa de la Biblia, impresa en Inglaterra. Una parte de la Biblia de Matthew era, en gran parte, versión de Tyndale, ejecutado bajo el Emperador Carlos V en 1536. Tyndale era un gran letrado bíblico; su trabajo en el Nuevo Testamento y en el Pentateuco tuvo gran influencia en las versiones siguientes, incluso la versión autorizada, es decir, la versión del rey IAGO.

En 1538 una orden real ordenó al clero proveerse del "volumen más grande de la Biblia completa en inglés" para ponerlo en la iglesia, en un lugar conveniente donde los fieles pudiesen leerlo. La presencia de la Biblia sobre un leccionario, en un lugar destacado, ha sido la característica de las iglesias anglicanas desde entonces. La Gran Biblia apareció en 1539; en su mayor parte, era una revisión que hizo Coverdale de la Biblia de Matthew y, por tanto, en línea directa con Tyndale. Pero también era deudora de la Biblia Vulgata, la Políglota Complutense, publicada en Alcalá, del latín de Erasmo y del latín del Antiguo Testamento de Sebastián Münster. La segunda edición y las siguientes, contenían una introducción del arzobispo Cranmer. Entre 1539-1541 aparecieron siete ediciones. Pero la reacción contra el protestantismo al final

del reinado de Enrique VIII tuvo como consecuencia la prohibición, por orden de individuos sin autoridad, de la lectura de la Biblia; por otra parte, la revisión de la Gran Biblia, en conformidad con la Vulgata, fue prohibida al morir Enrique VIII. Con el advenimiento al trono del joven rey Eduardo VI, se publicó de nuevo, por orden real, la obligación de colocar la Biblia en las iglesias.

En el corto reinado de Eduardo se hicieron dos ediciones más de la Gran Biblia; Eduardo influyó mucho en la primera edición inglesa de "El libro de la oración común y administración de los sacramentos y otros ritos y ceremonias de la iglesia, según el uso de la iglesia de Inglaterra", basado esencialmente en las costumbres de Salisbury. Al comienzo del reinado de Eduardo, una orden real prescribió que la epístola y el evangelio debían leerse en inglés. A partir de 1549 los oficios públicos debían tenerse en inglés, sirviéndose del Salterio de la traducción de Converdale, revisado por él mismo para la Gran Biblia, con el propósito de ser recitado en Maitines y Vísperas durante el mes. En 1543 se dio una orden para que un capítulo del Nuevo Testamento fuera leído en Maitines después del TE DEUM, y en Vísperas después del MAGNIFICAT.

Pero Cranmer y quienes redactaron con él el libro de oraciones, dispusieron en 1549 que se leyeran dos lecciones de cada Testamento igualmente en Maitines y Vísperas. Este arreglo ha sido una de las características de los oficios anglicanos desde entonces. En vez de seguir el año eclesiástico, como hacían los leccionarios medievales, el esquema finalmente adoptado por Cranmer se basaba en el año civil, con ciertas excepciones. El Antiguo Testamento fue comenzado con el Génesis en enero, siguiéndose como primera lección en Maitines y Vísperas hasta diciembre, a excepción de Isaías, cuya lectura comenzó a finales de noviembre para coincidir con el Adviento y terminar el 31 de diciembre. Casi todo el Levítico, el comienzo de los Números, casi todo Ezequiel y Las Crónicas fueron omitidos. Los Evangelios y los Hechos debían leerse en los Maitines; las Epístolas (a excepción del Apocalipsis de san Juan) en Vísperas. Por ello, la mayor parte del Antiguo Testamento se leía una vez al año, y el Nuevo tres veces. Había lecciones especiales en las doce fiestas más importantes; hasta la aparición del libro de oraciones de 1559,

bajo el reinado de Isabel I, no se introdujo un sistema de lecciones especiales para los domingos, al que se le hicieron adiciones con las lecciones propias de los días de fiesta. En 1561 se introdujo un nuevo calendario, con una serie de lecciones revisadas, e igualmente con una lista de días de fiesta revisada. También se hicieron cambios en 1604 y 1662. Dos siglos más tarde, en 1871, se hicieron cambios mayores, y en 1922 apareció un cuadro revisado. Hubo todavía una revisión en 1944, con alternancia de lecciones para los domingos y ciertos días de fiesta, y todavía otra más en 1946. En 1956 se publicó un leccionario experimental, que incluía una revisión de las lecciones de los días de la semana.

El punto al que quiero referirme con especial énfasis es la continuidad del sistema adoptado en 1549. Merece la pena señalarse que Cranmer fue muy influenciado por el breviario de Quiñones. La reforma litúrgica, lo mismo que la traducción bíblica, estaban a la orden del día en la primera mitad del siglo XVI. El Papa Clemente VI había pedido al cardenal Francisco de Quiñones (franciscano español) que revisara el breviario. Hizo su trabajo con tal éxito, que su revisión, publicada en 1535, alcanzó cien ediciones en los 33 años siguientes. No obstante, el principio adoptado por Cranmer y la comunión anglicana, era más radical, ya que se retuvieron solamente las lecciones de la Sagrada Escritura y su lectura se impuso regularmente de una manera completa en un determinado período. Las lecciones especiales fueron introducidas para variedad de las lecturas de los domingos y otros días de fiesta.

Tal principio ha tendido a desarrollarse desde entonces.

Pero hoy en día ha surgido otro problema. La Biblia no es tan conocida como lo era en el pasado. Ello no es, sin embargo, un retroceso total. Es conveniente que la Biblia cese de ser una fuente de referencias literarias para aquellos que quieren demostrar sus conocimientos y, por lo tanto, su superioridad social. Los leccionarios actuales deben presentar una lectura adecuada para un clero mejor instruido que el de entonces. No cabe duda que el nivel de teología bíblica es notablemente más alto entre el clero anglicano, luterano y calvinista que entre el clero católico. Pero ellos deben proveer también para los laicos, los cuales tienen una cultura bíblica

que ha decrecido y decrecerá más aún. Hace cien años la educación elemental era obligatoria en Inglaterra y la Biblia llegó a ser el texto inglés mejor conocido en todas las clases sociales. Los profundos disturbios, causados por las dos guerras mundiales, en la estructura de la sociedad inglesa, han conmovido el soporte social de la cultura y la religión, basada en la Biblia, tal como había tenido lugar y había sido propagada por la Iglesia de Inglaterra.

Esto me recuerda la historia de la versión inglesa de la Biblia. La Gran Biblia y los Libros de oraciones de 1549 y 1552, y el establecimiento eclesiástico de los doce primeros años del reinado de Isabel I, de 1558 a 1570, fueron las obras realizadas por una Iglesia en cisma más bien que por una Iglesia independiente. La Bula papal "Regnans in excelsis", de 1750, que excomulgaba a Isabel I y la declaraba usurpadora del trono de Inglaterra, significó que la Iglesia de Inglaterra, a partir de entonces, se desarrollaría por sí misma, independientemente del resto del cristianismo. La Gran Biblia no había sido condenada bajo el reinado de María, la católica, esposa de Felipe de España. El trabajo de preparar una nueva versión se llevó a cabo en Ginebra; finalmente, en 1560, después del advenimiento al trono de Isabel, apareció una nueva versión con una carta dedicada a la reina, la cual concedió los derechos de impresión a la biblia de Ginebra al año siguiente. Pero a pesar de su superioridad con relación a la Gran Biblia, sobre todo en el Antiguo Testamento, en el que se había llevado a cabo una revisión de acuerdo con los textos hebreos disponibles, y a pesar de que se difundió mucho sobre todo en Escocia, debido a sus asociaciones calvinistas, nunca fue oficialmente admitida en la Iglesia de Inglaterra. Los obispos ingleses siguieron adelante con la revisión de la Gran Biblia, llamada la biblia de los obispos, la cual fue autorizada para ser utilizada en las Cámaras de la Convocación de Cantorbery en 1571, pero nunca obtuvo reconocimiento oficial. Entre 1568-1606 se hicieron unas 19 ediciones, menos por tanto que la Biblia de Ginebra, de mejor calidad. Pero Isabel murió en 1603; el nuevo rey Iago de Escocia convocó la Conferencia de la Corte de Hampton, la cual decidió que se hiciera una traducción de la Biblia completa, que concordara en lo más posible con el hebreo y el griego original; que se imprimiera sin notas y que fuera la única utilizada en las

iglesias de Inglaterra en el Oficio Divino. La así llamada versión del rey Iago le debe mucho al monarca, no sólo por su inspiración sino también en la preparación de la misma. Seis comisiones de traductores, cuarenta personas en total, se pusieron manos a la obra. Tres comisiones se encargaron del Antiguo Testamento, dos del Nuevo, y una de los libros apócrifos (libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento). La tradición reformada tendía a excluir estos últimos de la escritura canónica, mientras que la tradición anglicana tendía a considerarlos en una categoría intermedia, "como ejemplo de la manera de vivir y de instrucción; sin embargo, no se utilizaban para establecer una doctrina" (artículo VI). En lo más posible se ajustaba a la versión misma de las palabras (iglesia en vez de congregación). Las notas marginales se utilizaban solamente para explicar el hebreo y el griego e indicar los lugares paralelos. Los capítulos existentes y la división en versículos se mantuvo, pero se incluyeron nuevos títulos para los capítulos, de origen tradicional. Finalmente se publicó en 1611, y se la llamaba comúnmente la versión autorizada, aunque nunca lo fue tanto como el libro de la oración común, ya que fue incluido en el programa del acto del Parlamento.

Muchas de sus cualidades le valieron una autoridad de hecho; por ello se estableció como la versión más conocida y duradera. Como comienzo, era verdaderamente el fruto de los trabajos de la Iglesia de Inglaterra; la frase "destinada a ser leída en las iglesias" indicaba que esta versión remplazaba la edición anterior de la Biblia de los obispos, del mismo modo que ésta había remplazado a la Gran Biblia. De nuevo, el título de la página de referencia de la santa biblia: "La santa Biblia... comparada y revisada por el mandato de su majestad" le dio en cierto sentido el respaldo de la autoridad real. Pero tales factores no hubieran tenido efecto a no ser por la perfección intrínseca de la versión, desde el punto de vista de calidad literaria y fidelidad a los manuscritos hebreos y griegos disponibles. Inmediatamente, la versión autorizada se ganó un puesto en los corazones y las mentes de los pueblos de habla inglesa del mundo, los cuales le atribuyeron una autoridad que, gracias al consentimiento general de aquellos para quienes había sido hecha, fue en aumento. Su puesto en el desarrollo de la lengua inglesa, ayudándola a establecer un estilo de ortografía más regular, después de los caprichos crea-

tivos de la lengua en tiempos de los Tudor, es bastante para asegurarle su inmortalidad. Su armonía con el espíritu y la mente inglesa, y su influencia en todo lo que la contribución inglesa a la cultura tiene de mejor, son quizá los motivos más importantes de la fama bien merecida de la versión. Hubo, claro está, quienes argumentaron que la versión autorizada tenía un efecto débil en el desarrollo de la lengua inglesa; y que no había más que comparar la versión autorizada con Shakespeare para darse cuenta inmediatamente que la aparición de esta nueva traducción de la Biblia cristalizaba en molde estrecho la lengua inglesa, inhibiendo así su posible desarrollo creativo de acuerdo con Shakespeare. Pero Shakespeare era un poeta y un dramaturgo. Su mundo se dividía entre un mundo realista: las luchas del hombre y sus aspiraciones, y un mundo imaginario, en el que el pensamiento y la acción se encuentran en un plano diferente del de la vida de la gente ordinaria. Su lenguaje era predominantemente el de la clase elevada. Los personajes de clase inferior figuraban en sus piezas para darles comicidad y al mismo tiempo para servir a los héroes y heroínas que ocupaban el centro de la escena. Shakespeare era un burgués; la Biblia, sin diferencias sociales. "Cuando Adán callaba y Eva hablaba, ¿quién entonces era el caballero?". Ciertamente, el Nuevo Testamento comienza con un pequeño grupo de personas oprimidas, que estaban esperando una especie de cambio revolucionario, mientras que muchos incidentes en el Antiguo Testamento pueden explicarse por el solo deseo de perseverar, que tenía un grupo pequeño de personas, las cuales seguían siendo fieles a pesar de que los jefes del pueblo se habían corrompido y habían abandonado el servicio de Yahweth, es decir, el servicio de la viuda, del huérfano y del oprimido. La versión autorizada de la Biblia habló a la gente no sólo un lenguaje de todos los días, lo cual era familiar a causa de las versiones anteriores de la biblia inglesa, sino también hizo uso de las categorías del pensamiento y de las sentencias morales, con lo cual se estableció la tradición completa de ley y libertad, de derechos y deberes, consagrados en el desarrollo constitucional inglés desde los tiempos en que las costumbres tribales y los preceptos eclesiásticos, implantados por la Iglesia católica, formaron los fundamentos de la conducta aceptable y prohibitiva en la sociedad inglesa. Más todavía, las narraciones bíblicas se preocupaban de los problemas morales y las luchas de todos los

días, así como también con las preguntas eternas que se hace el hombre al mirar más allá de su círculo inmediato de actividades, preguntas sobre la fe en lo sobrenatural y en el más allá, y sobre todo su relación con su creador, su redentor y el Espíritu Santo, que es la fuente de vida en la naturaleza y en la sobrenaturaleza.

Salmo 144, 3-4: "Señor, ¿qué es el hombre para que te preocupes de él, y el ser humano para que pienses en él? El hombre se asemeja a un soplo, sus días son como la sombra que pasa".

No obstante, la relación vital entre las normas bíblicas de pensamiento y vida, y las categorías de juicio y acciones, que animan al hombre inglés (y a aquellos que están en la esfera de su influencia cultural) nada nació ni se desarrolló entre la gente de habla inglesa como un cierto principio desencarnado de adhesión a la Biblia, tal como dirían algunos. Indudablemente, como en la iglesia primitiva, la Biblia inglesa encontró su reconocimiento y su transmisión, así como también su traducción y su revisión, dentro de una tradición eclesiástica, teniendo en cuenta que la actitud hacia la Biblia, dentro de esta tradición, puede muy bien haber sido el resultado de un término medio entre aquellos que pensaban que el deber de proclamar la palabra divina de las Escrituras era más importante que la autoridad eclesiástica, y aquellos que impedían al pueblo de Dios leer la Sagrada Escritura. Hay una anécdota de Tyndale al comienzo de su carrera, influenciado por los argumentos de Erasmo a favor del estudio del Nuevo Testamento y su puesto como corte de apelación en materias de vida y doctrina. Encontrándose Tyndale en compañía de un hombre erudito y hablando y discutiendo con él, lo llevó hasta dicho punto, a lo cual el erudito contestó: "Estaríamos mejor sin las leyes de Dios que sin las leyes del Papa". Entonces Tyndale le aseguró: "yo desafío al papa y sus leyes". Y continuó: "Si Dios guarda mi vida durante muchos años, yo haré que un niño, que dirige el arado, conozca la Escritura mejor que tú".

La aparición de la comunión anglicana y el reconocimiento formal de su independencia de Roma, coincidía con la entrega de la Biblia en inglés al pueblo. Claro está, no se trataba de

una simple coincidencia, ya que la nueva iglesia había solucionado el problema de la necesidad de fidelidad a la Palabra de Dios y el reconocimiento de las peticiones de la comunidad cristiana, la Iglesia. Efectivamente, la reforma había presentado este problema ante el cristianismo occidental: "¿Era posible reconciliar el regreso a la Biblia como norma de fe y conducta con las estructuras eclesiásticas tradicionales?". El luteranismo y el anglicanismo, el calvinismo y el presbiterianismo contestaron "sí", a condición de modificar las estructuras de la Iglesia heredadas del pasado; las alas radicales del protestantismo respondieron "no", intentando abolir completamente cualquier clase de jerarquía. Ni el anglicanismo ni el luteranismo hubieran podido nacer sin un contexto social apropiado; pero el surgimiento de ambas estaba en relación con la aparición de la Biblia en la lengua del pueblo. En los países ingleses, alemanes y escandinavos, la traducción de la biblia tuvo un efecto duradero en las estructuras de la lengua y en el pensamiento de los pueblos. Quizá tales estructuras estaban más íntimamente ligadas con el pueblo inglés, si se mira hacia atrás, a los días de antes de la conquista normanda, cuando la semilla de la sociedad e instituciones fue sembrada. Y quizá también tal síntesis de la biblia y de la iglesia fue mejor efectuada en la Iglesia de Inglaterra, la cual proclamaba ser fiel tanto a la iglesia pre-reformada como a la reforma. La verdadera base del anglicanismo, del establecimiento de la Iglesia en Inglaterra y su perpetuación en la comunión anglicana mundial se encuentra en esta doble fidelidad: a la palabra de Dios revelada en las Escrituras, y el empeño en ponerla a disposición del pueblo en su propia lengua; a las estructuras tradicionales de la Iglesia, su forma de culto público y sus sacramentos. No se hizo el menor intento de volver a la vida y prácticas de la Iglesia tal como se describen en el Nuevo Testamento. La Iglesia de Inglaterra apeló a la iglesia primitiva de los primeros siglos cuyos testigos fueron los padres griegos y latinos. Tal es el secreto de la contribución anglicana al movimiento ecuménico y la razón por la que el movimiento ecuménico le es deudor. No se trata de una contribución histórica, sino más bien de un cierto balance. Histórica y teológicamente, la comunión anglicana se ha alejado del convenio reformista, y también de la reacción frente a este convenio del movimiento de Oxford. Sin embargo, queda

en pie una cualidad esencial, que es de un valor duradero en su doble apelación: a la palabra de Dios y al orden eclesiástico, y en su intento de encontrar un equilibrio entre las dos. En tal apelación había algo en común tanto con las confesiones protestantes, que aparecieron con la reforma, como con las comuniones ortodoxa y católico-romana. No cabe duda que la influencia anglicana se ha dejado sentir en los círculos ecuménicos protestantes, por su atención renovada a la naturaleza de la Iglesia, al culto litúrgico y a los sacramentos. El renacimiento de la escolaridad bíblica en la Iglesia católica romana le debe algo indudablemente a los exégetas anglicanos; por otra parte, los eruditos católicos ya valuaban la contribución anglicana en el campo de la liturgia y la patrística. Y de una manera más específica, la tradición anglicana ha contribuido al diálogo ecuménico. A pesar de que la versión autorizada había sido en general una traducción excelente y de calidad literaria eminente, tanto para la lectura privada como para la pública, el descubrimiento de más y mejores manuscritos hizo la revisión necesaria. Las Cámaras de la Convención de Cantórbéry adoptaron en 1870 un texto en el que se reconocía esta necesidad y constituyeron dos "comisiones" para ocuparse del Antiguo y Nuevo Testamentos. Fueron invitados a unirse eruditos eminentes, incluso hombres de iglesias libres (John Henry Newman también fue invitado, pero no pudo aceptar). La versión revisada fue publicada en 1881: Nuevo Testamento, y en 1885: Antiguo Testamento; y la revisión americana, obra de los comités en los Estados Unidos, que publicaron en 1901 la versión standard americana. Se ha dicho de la versión revisada que fue inspirada por el método de traducción literal de Cambridge, que produjo una versión un tanto pedante. A pesar de su exactitud, no pudo suplantarse a la versión autorizada tanto en el culto público como en la lectura privada. Pero era más importante, en cuanto nueva y más inteligible traducción del Antiguo Testamento, basada en el texto masorético (tal era el caso de su predecesora, la versión autorizada), pero con mayor comprensión del hebreo tanto en la traducción como en la presentación. Los libros deuterocanónicos (o apócrifos) del Antiguo Testamento fueron revisados después y publicados en 1895. En los Estados Unidos el concilio internacional de educación religiosa obtuvo muchos años después los derechos de autor de la versión standard americana. Se creó un comité de eruditos, a fin de

llevar a cabo una nueva revisión, necesaria en cuanto al Nuevo Testamento, a causa del descubrimiento de papiros, que demostraban que el lenguaje del Nuevo Testamento era el lenguaje griego común del s. I (KOINI). La versión standard revisada fue publicada: en 1946 el Nuevo Testamento, y en 1952 el Antiguo Testamento. A pesar de la oposición de los fundamentalistas, para quienes la versión del rey Iago era sagrada, y de quienes, inspirados por la oposición al concilio internacional de educación religiosa, como parte del concilio nacional de iglesias consideradas como progresistas, la nueva versión obtuvo una aprobación general. En algunos lugares ha sido adoptada por las diócesis católicas inglesas y americanas, con sólo pequeños cambios en el Nuevo Testamento.

En lo que se refiere a la versión católica inglesa, los católicos, exilados durante el reinado de Isabel, reprodujeron el Nuevo Testamento de Rheims en 1582, y el Antiguo Testamento de Douai en 1609-1610, del mismo modo que los protestantes habían hecho con la Biblia de Ginebra durante el reinado de María. De este modo, la versión católica del Nuevo Testamento estaba a disposición de las dos comisiones que prepararon la versión del rey Iago (versión autorizada), y los estudios textuales muestran que efectivamente se hizo uso de ella. Pero las versiones católicas nunca llegaron a obtener entre los católicos el mismo grado de popularidad que la versión autorizada, a pesar de la revisión del obispo católico Challoner en el siglo XVIII. Por tanto, el éxito de la versión standard revisada, de inspiración anglicana —quizá sea más exacto decir de inspiración ecuménica, con parentesco anglicano— ha abierto la posibilidad de una versión ecuménica utilizada por todos, católicos y protestantes. La tradición dominante de Wyclif, Tyndale, Coverdale, la Gran Biblia, la Biblia de los obispos, la versión autorizada, y sus revisiones inglesa y americana, y últimamente la versión standard revisada han llegado finalmente más allá de los límites denominacionales de la comunión anglicana para llegar a formar parte de una herencia de las traducciones clásicas protestantes y católicas. Por el momento no parece posible esperar una colaboración de los ortodoxos para realizar un texto común de la Biblia. Pero el éxito presente no debe ni debiera hacernos desistir en la búsqueda de textos que sean a la vez buenas traducciones y fáciles de comprender para nuestros contemporáneos. Con tal propósito en la intención, un comité con-

junto de la Iglesia presbiteriana de Escocia y de la Iglesia de Inglaterra y las principales Iglesias libres, formaron tres comisiones de traductores del Antiguo Testamento, de los libros apócrifos y del Nuevo Testamento, además de una cuarta comisión de consejeros sobre cuestiones literarias y estilísticas. Hasta el presente sólo se ha publicado el Nuevo Testamento en esta versión, el cual ha obtenido una recepción dividida, pues parece ser que el lenguaje adoptado traiciona su origen de clase.